

bido algo de compadrazgo con el dueño de esta finca como es muy probable, habrá tenido gran satisfaccion en que allí se haya regalado, y estoy seguro de que no lo habrá hecho de valde. Sabida la noticia de Veracruz, Santa-Anna dejando la presidencia en manos del general D. Pedro María Anaya en quien habia recaído la eleccion del congreso, pues la vice-presidencia habia sido suprimida, marchó sin detenerse á recorrer la línea de México, fortificar el punto que creyese mas conveniente para poder detener á los invasores, y se fijó en Cerro-Gordo distante seis leguas de Jalapa, camino para Veracruz.

Yo le dije á Santa-Anna, que en la instruccion de Revillagigedo á su sucesor Branciforte le recomendó eficazmente para un caso como el presente el punto de *Corral Falso*. Mas él dijo, es mucho mejor Cerro-Gordo, y como que soy originario de Veracruz, lo tengo muy revisto. El caso es que me dé tiempo el enemigo para fortificarlo, pues por allí no pasan ni las ratas: efectivamente, cuando se habian concluido las principales fortificaciones, se presentaron los yankees en número de diez mil hombres, y camparon en Plan del Río, poco distante de Cerro-Gordo.

Por una fatalidad se descuidó de fortificar una eminencia que se halla enfrente de la del Telégrafo, ó Cerro-Gordo, llamada la Atalaya, que tomada por los enemigos les serviria de punto de apoyo, para atacar con mejor éxito al Telégrafo.

El dia 17 de Abril á la una del dia los americanos avanzaron sobre el Telégrafo, sin cuidarse de las fortificaciones avanzadas que estaban sobre nuestra derecha sobre el camino carretero. Santa-Anna mandó algunos batallones que le saliesen al encuentro, y en la falda del cerro se trabó un reñido combate, logrando los nuestros rechazarlos con bastante pérdida.

El dia 18 á las 7 de la mañana cuando menos lo esperaban nuestros soldados del Telégrafo, fueron sorprendidos por los enemigos; los que habiendo talado por la noche un bosque que cubria uno de nuestros flancos, y apoyados por una batería colocada en la *Atalaya*, acometieron de improviso á los nuestros, que apenas pudieron oponer una débil resistencia, y huyeron desbandados por todas partes. El general *Canalizo*, que mandaba la caballería, por no verse cortado tuvo que retirarse precipitadamente. Al tiempo que los americanos atacaban el Telégrafo, una columna acometió vigorosamente las fortificaciones avanzadas, situadas en el camino viejo, de donde

fueron rechazados, con considerable pérdida; pero á pesar de esta ventaja, era imposible que se pudieran sostener, habiéndose hecho dueños los enemigos del Telégrafo, y por consiguiente del camino: en consecuencia, se vieron obligados á rendirse lo que se verificó á las once de la mañana.

El general americano se dedicó inmediatamente á cuidar de que se enterrasen los muertos, y de que se recogiesen los heridos, y á los tres dias tomó posesion de Jalapa, en donde permaneció algun tiempo.

Esta es la idea que generalmente se tiene de este lamentable suceso; pero al mismo tiempo cuantos la miran como exacta é incuestionable, convienen en que quedaron sin batirse cuatro cuerpos de infantería y toda la caballería compuesta de dos mil quinientos hombres..... mas aquí entrá una sencilla reflexion y es..... Si todas esas fuerzas no entraron en accion ¿cómo es que se perdió toda la infantería y artillería, y que la caballería echó á correr, y que Santa-Anna no salvó mas que á una muy pequeña parte de sus ayudantes. Es claro que sean cuales fueren las causas de esta derrota, nunca jamas dejará de haber tenido la culpa Santa-Anna. Siguióse á esto, el abandono de la fuerte garganta de la *Olla*, y del castillo de Perote que mandaba el general *Gaona*, y en cuya fortaleza tomó el enemigo mas de cuarenta cañones, sus municiones y útiles, y tambien porcion de armas y maestranza que debia haber allí, repitiéndose nuevamente el ignominioso pasage de Tampico que llenó de escándalo á la Nacion, y á cuyo cargo no ha respondido Santa-Anna, y solo se ha limitado á increpar con palabras duras á los que se lo han hecho al modo que el que *mal pleito tiene que á boruca lo mete*. En brevísimos dias se presentó Scott en Jalapa habiéndole pedido garantías aquel ayuntamiento por lo que se detuvo allí reponiéndose, y Santa-Anna marchó á la Villa de Córdoba donde encontró la fuerza que mandaba el general D. Antonio Leon, y que habia venido de Oajaca para situarse en el principio en el punto del *Chiquihuite*, y proporcionó á Santa-Anna cuanto pudo para comenzar á organizar un cuerpo que no merecia otro nombre que el de *cuadro* de ejército, pues no pasó de cuatro mil hombres y cinco cañones, y en lo que trabajó asiduamente Santa-Anna, y despues pasó por el camino de Puebla para dar el espectáculo ridiculo de querer batir con su caballería una seccion del general *Scott* en la llanura de *Amozoc*. Santa-Anna en los momentos que estuvo en Puebla procuró aprovecharlo tomando de por re-

quisición algunos buenos caballos y dinero. El asegura que la gente popular quería detenerlo para que defendiese la ciudad, á lo que no quiso acceder porque no encontró disposiciones para la empresa, ya porque venia con poca fuerza y ya porque la derrota de Cerro-Gordo habia sido escandalosísima, y ya finalmente, porque á un general victorioso todos lo siguen, así como á un derrotado todos lo abandonan, y del árbol caido todos hacen leña.

Se notó mucho en estos momentos que Scott se hubiese demorado mucho tiempo en Tepeyahualco, San Juan de los Llanos, Nopalucan, y otras poblaciones y haciendas, dizque para hacerse de víveres y continuar su marcha á Puebla; no faltándole los que conducian sus carros. Sabido es por un principio elemental de la guerra, que un general victorioso, debe continuar sin detenerse un momento, sobre el vencido, principalmente cuando este aunque haya quedado con muy poca fuerza, puede asilarse en un punto tal que fácilmente se rehaga de su pérdida, y en breve de vencido se convierta en vencedor, y este era puntualmente el caso en que se hallaba con Santa-Anna, y por lo que no faltaron en México personas que le aplicaran el dicho de César á Pompeyo en la batalla de *Dirachio*; *no sabe vencer Pompeyo*. Presumieron que para obrar de ese modo, habria una combinacion secreta, con Santa-Anna, que el tiempo descubriría y que efectivamente los tiempos posteriores los han puesto en claro. Santa-Anna era el hombre único en quien neciamente habia confiado toda la nación, y la mayor fiera siempre se da por vencida cuando se le toma la cabeza.

Tiempo es ya de que como un episodio de esta historia sigámos los del general Scott hasta su entrada en Puebla, y refiramos el modo con que allí fué recibido, porque esta circunstancia ha engendrado un ódio tal entre mexicanos y poblanos que me parece indeleble.

En el Republicano del 15 de Mayo se lee datada en Nopalucan y firmada por el mayor general Worth la siguiente esposicion.

Nopalucan Mayo 12 de 1847.—Al Exmo. gobernador y municipalidad de Puebla.—

Señores, el infrascripto avisa que obedeciendo las órdenes de su superior el mayor general en gefe del ejército de la union, que en la mañana del 15 del que rije con la fuerza de su mando *tomará pose-*

sion militarmente de la ciudad de Puebla, si no hace aquella resistencia, desea antes de hallarse á sus inmediaciones, conferenciar con los funcionarios civiles, con objeto de concertar con ellos, y tomar las medidas convenientes y mejores para la seguridad de las personas é intereses, así como las propiedades de los vecinos. La santa religion que profesan, así como todas sus formas y observaciones, serán respetadas y sostendrán las autoridades civiles para el mantenimiento de las administraciones de las leyes. El infrascripto tiene el honor &c.—*El mayor general Worth*.

Sabemos, dice el Republicano que le fué contestado, que se dirigiese al general Santa-Anna, y que respondió Worth que no lo haria.

Antes que él, el general Scott publicó desde Jalapa, en 11 de Abril la siguiente

PROCLAMA.

¡MEXICANOS! A la cabeza de un poderoso ejército cuya fuerza se duplicará bien pronto, y una parte del cual avanza ya sobre vuestra capital al mismo tiempo que otro ejército á las órdenes del mayor general Taylor, está en marcha del Saltillo con direccion á S. Luis Potosí, creo de mi deber dirigiros la palabra.

¡Mexicanos! Los americanos no son vuestros enemigos por ahora, de aquellos que por su mal gobierno acarrearón un año hace esta guerra contranatural entre dos grandes Repúblicas..... somos amigos de los habitantes pacíficos del pais que ocupamos..... amigos de vuestra santa religion, de sus prelados y ministros. En nuestro mismo pais se halla establecida la misma iglesia, y abundan allí los devotos católicos, siendo respetados por nuestro gobierno, nuestras leyes, y nuestro pueblo. (1)

Desde un principio he hecho cuanto estaba en mi arbitrio para poner bajo la salvaguardia de la ley marcial y proteger contra los pocos hombres malos que hay en este ejército, á la iglesia de México, ó á los habitantes inofensivos y sus propiedades.

(1) Tres años hace que hubo una gran pelotera de balas, por muchos dias, en la ciudad de Filadelfia, pais de la moralidad y quietud, por lo que se llenó de escándalo; allí campea la tolerancia de todos los cultos, pero son intolerantes con los católicos, porque el catolicismo, y el tolerantismo no se llevan, sirva de gobierno.

Mis órdenes al efecto sabidas de todos, son terminantes y vigorosas. En virtud de ellas han sido ya castigados algunos ámericanos con multa impuesta á beneficio de los mexicanos, y con prision, y ha sido ahorcado uno por rapto. ¿No es esto una prueba de buena fé y severa disciplina? Pues se darán otras siempre que se descubra que ha sido perjudicado algun mexicano. (1)

Por otra parte, los perjuicios que hicieren los individuos ó partidas de México que no pertenezcan á las fuerzas públicas á los individuos, partidas sueltas, trenes de carros, tiros de caballos ó mulas de carga ó cualquiera persona ó propiedad de este ejército en contravencion á las leyes de la guerra, serán castigados con rigor, y si los culpables mismos no fueren entregados por las autoridades mexicanas, recaerá el escarmiento en ciudades, villas y vecindarios enteros. (2)

“Permanezcan, pues, en sus casas, y entregados á sus pacíficas ocupaciones los buenos mexicanos, y se les invitá á introducir para su venta, caballos, mulas, ganado, maiz, cebada, trigo, harina para pan y vegetales. Se pagará al contado por todo aquello que tomare ó comprare este ejército, y serán protegidos los vendedores.”

“Los americanos se encuentran bastante fuertes para dar estas seguridades, que si son discretamente aceptadas por los mexicanos, harán que esta guerra tenga un término feliz con honra y ventaja de ambas Repúblicas. Entonces los americanos, habiendo convertido á los enemigos en *amigos*, se tendrán por felices en despedirse de México y regresar á su pais.—*Winfield Scott.*”

Parece que para aumentar el terror que pudiera causar en ánimos débiles y ruines, se ha insertado en el diario de hoy del gobierno y tambien se ha puesto una circunstanciada relacion de los regimien-

(1) Ojalá, que antes que se hubiese hecho esta ejecucion hubiera precedido otra en Medellin de Veracruz, donde se remudaron diez soldados con una jóven: murió en el acto, y no se castigò crimen tan horrendo, y quedò escandaizado Veracruz.

(2) En Pekin, dice el autor de la ciencia del gobierno (el Señor del Real) cuando se comete un homicidio en una casa ó calle, todos los individuos de ella están obligadòs á responder de aquel delito que es personalisimo, y pagan justos por pecadores, téngase esto presente. Los mexicanos no quieren impunidad en los delitos sino suavidad en la ejecucion de las penas. Las lindas mexicanas han destilado por sus bellos ojos muchas lágrimas, brotadas del fondo de sus corazones, al saber las circunstancias del castigo dado á unos soldados desertores; é inútilmente volaron á implorar clemencia por ellos.

tos veteranos que se están levantando en los Estados-Unidos, diciéndonos su fuerza, sus nombres y gefes que los han de mandar.

ÓRDEN DE LA ENTRADA

DE LOS

YANKEES EN PUEBLA

El Domingo 16 de Mayo de 1847.

	HOMBRES	CAÑONES.
Un piquete de caballería.		
Cuatro cañones ligeros.		4.
El general Worht con un cuerpo de infantería con música.	1320.	
Dos cañones.		2.
Otro cuerpo de infantería con música.	0560.	
Dos obuses.		2.
Un mortero.		1.
Dos cañones de á 24.		2.
Un cuerpo de infantería con música.	0640.	
Otro id. id.	0350.	
Tres carros con gente.		
Dos cañones.		2.
Un cuerpo de infantería con su general.	0480.	
Otro id.	0440.	
Doscientos cãrros.		
Infantería custodiándolos.	0400.	

TOTAL. 4.290 y cañones 13.

El general Worht apareció desde muy temprano á la cabeza de su columna frente á la garita de Amozoc.

El vecindario no manifestó alteracion ninguna. Toda la ciudad

excepto las tiendas de ropa que permanecieron cerradas, ofrecia su aspecto ordinario, y nadie habria dicho que se estaba esperando un ejército enemigo.

A las diez y media de la mañana una partida como de cien hombres de caballería se desprendió de la division y entró por las calles del *Alguacil Mayor*, S. Cristobal &c. hasta la plaza, de donde se retiró por la carrera de Santo Domingo al cuartel de S. José: la curiosidad de conocer á los yankees se sobrepuso á la momentánea alarma muy natural, y la plebe obstruyó todas las bocas-calles, y aun casi todos los balcones se abrieron y llenaron de curiosos. Yo mismo cedí á la curiosidad, y quebrantando un propósito de reclusion, salí á conocer á nuestros futuros señores.

¿Cuál sería, pues, mi desengaño, y el del mundo entero, cuando en vez de los *Centauros* que esperábamos, ví adelantarse una centena de hombres de facha *patibularia* uniformados con pobreza y mal gusto; muchos de ellos *en camisa*, armados con sable, carabina y pistolas de clase comun, y sus caballos, si bien corpulentos, lerdos y desgarrados como todos los de su raza, mal montados, y por todo jaez un albardon, y una brida sin paramentos ni especie alguna de adornos. Por lo que hace á la gente, solo diré que por diez buenas tallas, se podian señalar hombres enclenques, raquíticos y hasta licenciados; añadido á esto el manifiesto y asqueroso desaseo de estos hombres. Nada de esto es exagerado.

Con una hora de intervalo entró el grueso de la division, diré á V. algo de su aspecto general; los pormenores numéricos los encontrará V. en la nota adjunta. Cuantas relaciones nos habian hecho de tallas *hercúleas* y formas elegantes y atléticas, han sido exageracion de la malicia ó del miedo. Hay de todo entre ésta gente, pero á primera vista se echa de ver que la mayor parte del ejército está compuesto de emigrados irlandeses, estenuados por el hambre. El uniforme de todos los cuerpos consiste en una chaqueta y pantalon de paño burdo azul claro, y sin más adornos que los distintivos militares. Todos, aun los dragones traen cachuchas de paño, chatas, bien que muchos las han sustituido con sombreros de petate del país, y aun alguno vimos entrar con tompeates en la cabeza. Si no estuviera de prisa, enviaria á V. el croquis de un oficial de *línea* que se presentó en un desmesurado frison con un chupiturco del mas caprichoso corte, y sombrero de petate viejísimo, recortado como

sombrero de tres picos. En suma, las menudencias que forman el aspecto general del ejército son, cuanto el mal gusto y la economía pueden producir de ridículo, sórdido y asqueroso. En una palabra, exceptúe V. los caballos de tiro que son muy buenos, y lo general de las fachas que tambien merecen recomendacion por otro aspecto, y aseguro sin exageracion, que nada traen estos hombres que no háyamos visto mil veces.

Aun el crecido número de sus carros no crea V. que es indicio de un equipo por lo ménos voluminoso. Los carros vienen casi vacíos, y yo entiendo que su principal objeto es el transporte cómodo de la tropa. ¿Cómo pues, han derrotado sin cesar á nuestro ejército que les hace ventajas, á mi ver reales y positivas? Todos se han hecho esta pregunta, y solo han hallado un modo de responderlas... sus gefes en especial, los coroneles de los cuerpos son viejos encanecidos, y *sus canas son bastante explicacion*... Esto nos hace confiar todavía en nuestros soldados, y nos da para lo venidero algunas esperanzas que hoy mas que nunca necesitamos; porque á nosotros sobre todo, poetas ó con aspiraciones de tales, á nosotros que no sabemos separar las ideas de *progreso* en la civilizacion de cierta cordialidad, á manera de cierta *córtesanía*, y aun de cierto refinamiento en el lujo, estos hombres agrestes y groseros que sacrifican en todas sus cosas la elegancia á la economía, no pueden parecernos los Mesías de nuestra civilizacion.

Tal es la idea que nos dá un escritor poblano del ejército que está en marcha para México, y que hasta cierto punto nos inspira confianza de vencerlo.

Luego que la division entró, formó la artillería é infantería al derredor de la plaza, y los carros quedaron tendidos desde la calle de Mercaderes hasta el puente de Noche-buena. Los soldados formaron pabellones con las armas, y la mayor parte se tendió á dormir con toda confianza, porque *aparentemente* venian muertos de cansancio. La guardia nuestra que habia en palacio se puso sobre las armas, y el pueblo en mucho número iba y venia confundido con la tropa, y mas de cinco ó *seis mil hombres* tenian cercada en la plaza á la division molida, *descuidada* y sin armas. Así permanecieron hasta las tres de la tarde en que la tropa ocupó los cuarteles y conventos de Santo Domingo y S. Luis, y los carros se acomodaron acá y allá como mejor pudieron. La tropa permaneció

acuartelada toda la noche. Los generales *Worth* y *Quitman* ocuparon el palacio, cuya guardia fué relevada, y la oficialidad se esparció por las posadas, fondas, y cafés. En la fonda bajo de mi casa se formó una reunion de ellos, cuyo espíritu filarmónico excitado por el vino, me dió el mas desconcertado *concierto* que he oido en mi vida. Ayer ocuparon los cerros de *Loreto* y *Guadalupe*, y boy el convento de la *Merced*, y parece que hoy ha salido alguna tropa y artillería para el cerro de *S. Juan*. La poblacion entre tanto no ha desmentido su estoicismo. El pueblo no manifiesta respeto, pero tampoco mucho ódio á los invasores. Si hay algunos que se exaltan al contemplar el cuadro [que ofrece la ciudad, hay otros que como si nada vieran en él de extraordinario, ni hablan de la materia. No ha dejado de haber sus riñas, ni uno ó dos yankees matados por los léperos de *Analco*, pero la mayoría del pueblo no les tiene ni inclinacion ni aversion, y necesitan de algunas vejaciones para salir de su apatía. Por desgracia lo conocen los hermanos y se manejan no solo con circunspeccion y mesura, sino que violentan su carácter hasta mostrarse afables y deferentes. Muchos de ellos oyen misa con la mayor *devocion*, todos se descubren cuando encuentran un clérigo, y muchos de ellos han arrojado limosna en la alcancia de los santos lugares. Hoy *Worht* visitó al obispo, y al devolverle éste la visita recibió de la guardia los mismos honores que hacen á su general. Con esta política han comenzado la *conquista moral* por la parte de la poblacion que mas inaccesible me parecia, quiero decir, las *viejas*. Todos los oficiales traen aprendida como de memoria la última proclama de *Scott* que ya V. habrá visto, y á todo cuanto pudiera dar ideas de fraternidad que las de dos Repúblicas, y dicen: "*Que solo vienen á salvar aquel principio democrático amagado con la monarquía estrangera por los gabinetes de Europa.*"

No dudo que aunque no sea mas que por un principio de curiosidad agradará á mis lectores la lectura de este episodio. Voy á hablar ahora sobre el objeto á que se encamina, que es alejar toda idea de una odiosidad acerva que comienza á fomentarse entre mexicanos y poblanos, y sepa Dios qué resultado tendrá al fin, demasiado funesto.

¿De qué se acusa á los poblanos? Claro es que de haber allanado la entrada en su ciudad á sus enemigos. Mas yo pregunto ¿cómo se lograba este objeto? Solo con un ejército, que no tenian ni podian tener; las milicias famosas que opusieron tan vigorosa resis-

tencia contra *Santa-Anna*, cuando se le destronó, ya no existen, la Puebla se hizo guerrera y aun muy temible en el año de 1810 hasta 1821, entre tanto el espíritu guerrero cambió en espíritu fabril, y ya nadie hablaba de guerras sino de talleres y máquinas; carecia de elementos para formar un ejército que pudiera resistir á la invasion enemiga; si teniéndolo y pudiendo oponer resistencia con él, se hubiese desentendido de auxiliar á aquella ciudad, el cargo seria justo y nada habria que responder: en el presente caso solo con deseos no podia vencerse al enemigo, y yo estoy seguro de que todos los poblanos lo tendrian, mirando entrar con la mayor petulancia del mundo á unos estrangeros que venian tratándolos como á unos hurang-hutanes: lo que sí he reprobado y reprobaré siempre es, que Puebla haya sido un vivario de fieras encerrado dentro de sus muros; quiero decir, multitud de ladrones que de tiempos atrás han estado robando á las diligencias y aun dentro de la ciudad: que tomados presos, y á punto ya de fallar sus causas, por una clemencia mal entendida, han quedado tan impunes: que el congreso de Puebla ha pedido por favor al general de la nacion que se instale allí un tribunal de ladrones: aglomerados en la cárcel, han formado una falange de pícaros con quien se han convenido en darles libertad absoluta, con condicion de que hostilizen de la manera mas cruel á las guerrillas de nuestro ejército, sus corazones mal dispuestos y avezados con la iniquidad, ya sea por merecer lo que llaman buena gracia en el concepto de los gefes estrangeros, se han excedido hasta hacerse guerrilleros, *cuicos*, soplones, y diablos insufribles en la sociedad. Yo pregunto ¿es ésta la nacion *poblana*? y por esta odiosidad parcial se ha de turbar la paz, de los pueblos amables y virtuosos? ¡Ah! la pasion ha llegado á tal punto, que hasta el venerable obispo que con tanta prudencia se ha conducido, ha sido denostado y tratado como lo pudieran hacer á un traidor. Como formado en la grande escuela del mundo, tuvo el talento necesario para conservarse en la línea que los cánones y leyes han trazado á los señores obispos en iguales circunstancias! Tratar en el mundo como si no se viviese en el mundo. Figúrome á este prelado en Roma contestando con aquella curia sobre que se nombrasen obispos en esta América, á cuya pretension se opuso Fernando VII., y para contrariarla mandó al ministro D. P., Labrador, creyendo que el verdadero modo de que los mexicanos volviesen á su antigua dominacion, era que se les negase los obispos que pretendian.